

**Resumen del curso ‘El
hombre como creador de
futuro’ del Profesor
Antonio Oliver**

Sobre el autor

Antonio Oliver Monserrat nació el 29 de mayo de 1926 en Vilafranca de Bonany (Mallorca), una tierra que siempre permaneció unida a su identidad. Falleció el 9 de enero de 1994 a causa de un paro cardíaco, dejando un legado intelectual y espiritual que continúa inspirando a miles de personas.

Sacerdote teatino, historiador, filósofo, humanista y extraordinario comunicador, Antonio Oliver fue una de las figuras más brillantes del pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX. Ingresó muy joven en la Orden de Clérigos Regulares (Teatinos), donde profesó sus votos religiosos en 1943 y fue ordenado sacerdote en Roma el 4 de marzo de 1950.

Su insaciable vocación por el conocimiento le llevó a desarrollar una sólida formación académica internacional. Se licenció en 1952 en Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma obteniendo el doctorado dos años más tarde. Diplomado en Biblioteconomía y Archivística por la Escuela Vaticana, amplió estudios en el Instituto Católico de París y en la Universidad de Friburgo. Durante cinco años fue alumno del filósofo Martin Heidegger, una experiencia que marcaría profundamente su forma de comprender al ser humano, la cultura y la trascendencia.

Especialista de referencia en la figura de Ramón Llull, fue profesor de la Maioricensis Schola Lullística, colaboró en la edición crítica de las obras latinas del pensador mallorquín en la Universidad de Friburgo y formó parte del Consejo Rector del Estudio General Luliano de Palma. Su actividad docente se extendió también a la Universidad Autónoma de Madrid donde impartió el curso de Humanidades Contemporáneas y a la Universidad Pontificia de Comillas, donde impartió Historia del Pensamiento.

Sin embargo, quienes lo conocieron coinciden en que su mayor talento no residía únicamente en su extraordinaria erudición, sino en su capacidad para hacer accesibles las grandes preguntas de la existencia. Orador excepcional, poseía un don poco común para comunicar ideas complejas con claridad, profundidad y belleza. A partir de 1981 impartió numerosos cursos y seminarios sobre humanidades, antropología, mitología y pensamiento, convirtiéndose en un maestro admirado por generaciones de alumnos.

Sus conferencias trascendían el ámbito académico y trataban en profundidad al hombre y a Dios, focalizándose en el sentido de la vida, del mito, de la libertad y de la condición humana. Quienes asistían a sus clases recuerdan auditorios siempre llenos y un silencio absoluto ante una palabra capaz de despertar asombro, reflexión y esperanza. Décadas después de su

fallecimiento, muchas de aquellas enseñanzas siguen escuchándose y continúan encontrando nuevos oyentes, prueba de la vigencia de un pensamiento que nunca perdió actualidad.

A lo largo de su vida desempeñó importantes responsabilidades dentro de la Orden Teatina, entre ellas las de Prefecto de Estudiantes, Superior del Seminario Teatino de Son Espanyolet, Director del Colegio de San Cayetano y Vicario Provincial, combinando siempre el servicio pastoral con una intensa actividad intelectual.

Fue también una referencia imprescindible para los estudios sobre Ramón Llull, la historia de la Iglesia y el pensamiento medieval, con numerosas publicaciones que siguen siendo objeto de consulta por investigadores y especialistas.

Como reconocimiento a una trayectoria dedicada al conocimiento, la enseñanza y el servicio, fue nombrado Hijo Ilustre de Vilafranca de Bonany tras su fallecimiento. Hoy una calle de Palma de Mallorca lleva su nombre, recordando a quien hizo del pensamiento una forma de iluminar la vida de los demás.

Antonio Oliver Monserrat fue siempre reconocido por sus alumnos como un maestro sabio y humilde cuya influencia no termina con su tiempo. Su voz continúa resonando porque supo responder, con inteligencia, sensibilidad y una profunda humanidad, a las preguntas que siguen acompañando al ser humano generación tras generación.

Índice

Introducción	4
Definición del hombre	5
Responsabilidad y libertad	13
La cultura y el hombre en crisis	17
El futuro que estamos haciendo	21
El humanismo integral	25

Introducción

Este documento trata de resumir el curso ‘El hombre como creador de futuro’ que el P Antonio Oliver impartió en 1980.

El curso tiene una duración de más de 10 horas que han sido transcritas y luego resumidas para poder condensar en un discreto resumen las principales ideas que el autor trata de transmitir.

La fuerza de la palabra de Oliver es imposible de plasmar en un documento resumido, sin embargo es posiblemente una buena puerta de entrada para que si el lector encuentra resonancia en sus ideas pueda dirigirse a los audios completos que se encuentran disponibles de manera gratuita.

Definición del hombre

El principal problema cuando se habla del hombre y del humanismo no suele ser la falta de conocimientos, sino el significado que atribuimos a las palabras. Los grandes desacuerdos nacen con frecuencia de utilizar los mismos términos con sentidos distintos. Por ello, antes de abordar qué es el hombre, resulta imprescindible aclarar el lenguaje y dotar a cada concepto de un contenido preciso.

La cultura contemporánea ha alcanzado un extraordinario grado de desarrollo en prácticamente todas las disciplinas. La medicina, la biología, la filosofía y las demás ciencias han logrado un nivel de especialización nunca antes conocido. Sin embargo, este progreso ha producido también una creciente dispersión: cada disciplina avanza por separado y resulta cada vez más difícil comprender la unidad del ser humano. Podemos ser excelentes especialistas y, al mismo tiempo, ignorar qué es realmente el hombre o cuál es el sentido último de nuestra existencia. El auténtico humanismo consiste precisamente en recuperar esa visión de conjunto y volver al ser.

El mayor peligro para el hombre no es únicamente el error o el mal, sino también la ignorancia. Cuando se construye una concepción del ser humano olvidando aspectos esenciales de su realidad, esos elementos ignorados terminan manifestándose y derrumbando toda la construcción. Esto ha ocurrido repetidamente a lo largo de la historia, también en el ámbito religioso, cuando determinadas dimensiones fundamentales de la persona no fueron suficientemente consideradas. No se trata de criticar, sino de aprender que cualquier visión incompleta del hombre acaba mostrando sus limitaciones.

Para comprender mejor esta cuestión pueden distinguirse tres formas de entender el ser: el ontologismo, el esencialismo y el existencialismo. El ontologismo sostiene que las cosas poseen una esencia fija e inmutable. Primero se es y después se existe. El ser constituye la realidad y permanece estable: un hombre es hombre porque participa de la esencia del hombre.

El existencialismo invierte este planteamiento. Primero se existe y después se llega a ser. El ser no es un punto de partida, sino una meta. La existencia consiste en un proceso mediante el cual cada persona va construyéndose a sí misma. El hombre no nace plenamente realizado; debe hacerse.

Esta concepción fue desarrollada especialmente por Martin Heidegger. Su pensamiento no pretende negar el ser, sino afirmar que el hombre solo puede comprenderlo a partir de la

existencia. El existencialismo auténtico no es una filosofía pesimista, sino una profunda reflexión sobre la condición humana.

Para Heidegger existe una diferencia fundamental entre las cosas, los animales y el hombre. Las cosas simplemente están ahí; poseen lo que denomina Dasein como presencia disponible. Los animales también pertenecen a este nivel: nacen siendo lo que son y alcanzan naturalmente su desarrollo. En cambio, el hombre existe. Existir significa estar en el tiempo con la responsabilidad de llegar a ser aquello que está llamado a ser. Ningún animal decide convertirse en animal; el hombre sí debe decidir qué hará con su propia vida.

La dignidad humana reside precisamente en esta capacidad de autodeterminación. El hombre puede realizarse o malograrse. Comer, sobrevivir o desarrollarse biológicamente no basta para convertirse plenamente en persona. La existencia exige una tarea permanente de construcción personal.

De aquí nace una primera conclusión: nadie es todavía aquello que debe llegar a ser. Descubrirlo constituye un acto de humildad. El hombre auténticamente sabio reconoce que todavía no ha alcanzado su plenitud y que posee muchas más posibilidades de las que ya ha desarrollado.

Como la realización personal solo puede alcanzarse progresivamente, el tiempo adquiere una importancia decisiva. Existir significa vivir dentro del tiempo para realizarse. Sin tiempo no es posible llegar a ser aquello para lo que uno está llamado. Todo aprendizaje, toda maduración y toda conquista humana requieren tiempo.

El animal también vive en el tiempo, pero no es consciente de ello ni puede orientar libremente su desarrollo. El hombre, por el contrario, sabe que dispone de un tiempo limitado para construirse a sí mismo. Esa conciencia constituye una diferencia esencial entre ambos.

La inteligencia humana tampoco consiste únicamente en pensar, sino en reflexionar sobre el propio pensamiento. El hombre puede examinar sus ideas, corregirse, cambiar de opinión y revisar continuamente su comprensión de la realidad. El sabio modifica sus opiniones porque permanece abierto a una realidad cambiante; quien nunca rectifica suele ser incapaz de comprender la riqueza de esa realidad.

A medida que la persona avanza hacia su plenitud disminuye la distancia entre lo que es y lo que debe ser. Cuando finalmente coincide plenamente consigo misma, deja de existir para comenzar simplemente a ser. Desde esta perspectiva, la muerte no constituye una destrucción, sino el paso de la existencia al ser. Existir pertenece al tiempo; el ser queda fuera de él.

Por ello tampoco puede afirmarse que Dios exista en sentido estricto. Existir implica estar en proceso de realización, mientras que Dios sería el ser plenamente realizado. Del mismo modo, las cosas y los animales no existen porque carecen de la capacidad de construirse libremente. Solo el hombre existe en sentido propio.

El existencialismo advierte además de una doble tentación. La primera consiste en degradar a otros hombres tratándolos como simples objetos disponibles, reduciéndolos al nivel de las cosas. Esta es la raíz de toda forma de opresión y deshumanización. La segunda consiste en elevar indebidamente la existencia humana hasta confundirla con el ser absoluto.

Edgar Morin ayuda a comprender otro aspecto esencial del humanismo al afirmar que el hombre vive de manera insular. Cada individuo permanece aislado, cada disciplina científica trabaja por separado y el ser humano olvida que forma parte de una realidad mucho más amplia. El verdadero humanismo consiste en superar ese aislamiento e integrar los distintos saberes y dimensiones de la realidad.

El hombre no puede comprenderse sin tener en cuenta su relación con la naturaleza, con la historia, con la cultura y con los demás. Todo está conectado. La cultura forma al hombre, pero el hombre también crea cultura. Cada generación recibe un mundo construido por las anteriores y, al mismo tiempo, transforma ese mundo para quienes vendrán después. Se produce así un continuo círculo de integración entre el hombre y su ambiente.

La persona solo se realiza verdaderamente cuando sale de sí misma y contribuye a crear un entorno que permita crecer a otros. Del mismo modo, el ambiente influye constantemente sobre quien vive en él. Existe una relación recíproca entre ambos: el hombre crea cultura y la cultura crea al hombre.

El egoísmo rompe este círculo integrador. Quien vive únicamente para sí mismo empobrece tanto a los demás como a sí mismo. La plenitud humana solo aparece mediante la apertura, la colaboración y la entrega.

La pregunta final consiste en determinar qué clase de ser es el hombre. La respuesta es que no posee un ser estático, sino dinámico. El hombre nunca está definitivamente hecho; siempre está haciéndose. Su ser consiste precisamente en ese proceso de realización. Por ello puede afirmarse que el hombre no es un sustantivo, sino un verbo: no es algo terminado, sino una realidad en permanente devenir.

Toda la existencia humana consiste, por tanto, en un itinerario. El hombre parte de unas posibilidades iniciales, se abre al mundo, desarrolla sus capacidades y finalmente vuelve sobre sí mismo transformado. Nunca regresa siendo el mismo que era al comienzo. Cada experiencia modifica su propio ser.

En consecuencia, el humanismo no debe entenderse como una teoría abstracta, sino como una invitación permanente a recuperar la unidad del hombre, superar la fragmentación del conocimiento, comprender que la persona se construye libremente dentro del tiempo y asumir que el verdadero sentido de la existencia consiste en caminar continuamente hacia la propia plenitud.

Individuo y persona

El futuro no es una realidad independiente que nos espere escrita de antemano, sino una construcción continua realizada desde el presente. Pasado, presente y futuro forman una única realidad inseparable: el presente es el resultado del pasado y, al mismo tiempo, el origen del futuro. Dividir el tiempo en tres compartimentos independientes es únicamente un recurso metodológico. En realidad, el presente apenas tiene duración; en el mismo instante en que intentamos captarlo ya pertenece al pasado y se proyecta hacia el futuro.

Por ello, el futuro no está delante de nosotros como un destino inevitable. Lo estamos fabricando constantemente. Del mismo modo que el presente es consecuencia del pasado, el futuro será consecuencia de lo que hagamos ahora. No existe un destino previamente escrito, sino una responsabilidad permanente del ser humano sobre aquello que llegará a ser.

Esta idea puede comprenderse mejor mediante los conceptos de tradición y progreso. Tradición no significa permanecer anclados en el pasado ni reproducir mecánicamente lo que hicieron nuestros antepasados. Significa asumir toda la riqueza acumulada por la experiencia humana y convertirla en punto de partida para construir el futuro. Progreso, por su parte, consiste precisamente en proyectar esa experiencia hacia nuevas posibilidades.

En este sentido resulta especialmente esclarecedora la afirmación de Chesterton: la tradición no significa que los vivos estén muertos, sino que los muertos están vivos. Todo el esfuerzo, el conocimiento, los valores y la experiencia de generaciones anteriores permanecen presentes en nosotros. El pasado no ha desaparecido: vive en cada persona y constituye la base desde la que puede construirse el futuro.

Romper con la tradición supone renunciar a ese inmenso patrimonio humano y comenzar siempre desde cero. Del mismo modo, convertir la tradición en una repetición inmóvil también constituye un error, porque impediría cualquier avance. La auténtica tradición es dinámica: conserva lo valioso del pasado precisamente para seguir avanzando. Solo quien conoce y asume ese legado puede construir un futuro sólido.

Esta idea fue expresada también por Bernardo de Chartres cuando afirmaba que somos enanos subidos sobre los hombros de gigantes. Aunque cada generación sea limitada, puede ver más lejos gracias al conocimiento acumulado por quienes la precedieron. La grandeza del presente consiste precisamente en apoyarse sobre toda la experiencia anterior.

La aceleración histórica demuestra la enorme transformación vivida por la humanidad. Durante decenas de miles de años apenas hubo cambios significativos, mientras que en los últimos siglos —y especialmente en las últimas décadas— el progreso científico, técnico y social se ha multiplicado de forma extraordinaria. La escritura, la imprenta, la revolución industrial, la electricidad, la aviación o la exploración espacial muestran que el ritmo del cambio crece de manera exponencial.

Lo mismo ocurre con los transportes. Durante milenios el hombre apenas logró superar la velocidad de los animales de carga. En apenas dos siglos pasó de las primeras locomotoras a los aviones supersónicos y a las naves espaciales. La humanidad ha recorrido en unas pocas generaciones un camino incomparablemente mayor que el realizado durante toda su historia anterior.

También el conocimiento ha experimentado una expansión sin precedentes. La inmensa mayoría de los científicos más relevantes de la historia son contemporáneos entre sí porque nunca antes existieron tantas posibilidades de comunicación, intercambio de información y colaboración intelectual. Hoy cualquier persona dispone de un volumen de conocimiento infinitamente superior al que tuvo cualquier ser humano de épocas anteriores.

Todo ello demuestra que el futuro no constituye una amenaza inevitable, sino una oportunidad de creación. Cuanto mayor es el patrimonio heredado del pasado y más rica es la experiencia del presente, mayores son también las posibilidades de construir el porvenir. El futuro depende directamente de la responsabilidad con la que el ser humano utilice ese inmenso legado.

Sin embargo, existen distintas actitudes ante ese futuro. Algunos intentan frenar el cambio por miedo a abandonar el pasado. Otros permanecen como simples espectadores, contemplando cómo la historia avanza sin participar en ella. Solo quienes aceptan la responsabilidad de conducir el cambio se convierten realmente en constructores del futuro. El progreso no consiste en dejarse arrastrar por la historia, sino en dirigir conscientemente su rumbo.

La imagen del tren resume esta idea. El pasado proporciona el combustible, el presente conduce la locomotora y el futuro depende de la dirección que el maquinista decida tomar. Quienes permanecen anclados en la nostalgia del pasado acabarán siendo desplazados por la historia. Quienes solo observan tampoco transformarán nada. Únicamente quienes asumen los mandos participan verdaderamente en la creación del futuro.

Pero el futuro más importante que construye el hombre no es un conjunto de avances técnicos, sino el propio hombre. El verdadero futuro de la humanidad consiste en el desarrollo de la conciencia humana. Todo el progreso científico, económico o tecnológico solo tiene sentido si contribuye al crecimiento de la persona.

La evolución puede entenderse como un largo proceso que culmina en la aparición de la conciencia. Millones de años de evolución desembocan en un ser capaz de conocerse, reflexionar y orientar libremente su propia historia. A partir de ese momento, el progreso deja de depender únicamente de la evolución biológica para depender de la responsabilidad consciente del ser humano.

Por ello, el verdadero desarrollo consiste en ampliar continuamente esa conciencia. Cuanto mayor sea la capacidad del hombre para comprenderse a sí mismo, comprender a los demás y asumir responsablemente el mundo que construye, mayor será también el auténtico progreso de la humanidad.

En este punto aparece una de las grandes paradojas de nuestro tiempo. La técnica ha avanzado mucho más deprisa que la madurez del hombre. Disponemos de instrumentos extraordinariamente poderosos, pero todavía no siempre poseemos la conciencia necesaria para utilizarlos correctamente. El problema no reside en la tecnología, sino en el desequilibrio entre lo que el hombre tiene y lo que realmente es.

Cuando el tener supera al ser, los instrumentos terminan dominando a quien los creó. La solución no consiste en destruir la técnica, sino en elevar la calidad humana hasta hacer posible un uso responsable de ella. Las armas, la energía o cualquier otro avance dejan de ser peligrosos cuando están en manos de personas verdaderamente maduras.

Otro de los grandes desafíos actuales es la sobreabundancia de información. Nunca antes el ser humano había tenido acceso a tantos datos, pero tampoco había resultado tan difícil distinguir lo verdaderamente importante de lo accesorio. La capacidad de recibir información supera con frecuencia la capacidad de comprenderla y convertirla en conocimiento útil.

El problema no es únicamente la cantidad de información, sino también su selección y su calidad. El hombre necesita aprender a discriminar aquello que realmente contribuye a su desarrollo personal y colectivo. De lo contrario, la abundancia de datos puede convertirse en una nueva forma de desorientación.

Pese a estas dificultades, existen motivos para el optimismo. La humanidad parece encontrarse en un momento decisivo de su evolución, en el que una parte creciente de la experiencia acumulada puede incorporarse de manera cada vez más profunda a la propia condición humana. La evolución futura dependerá menos del aumento de información y más de la capacidad para integrarla en una conciencia cada vez más desarrollada.

En consecuencia, el verdadero humanismo consiste en comprender que el futuro no es algo que llega desde fuera, sino una realidad que nace continuamente de nuestras decisiones presentes. Cada persona participa en la construcción del porvenir y la responsabilidad fundamental consiste en hacer crecer al propio hombre. El auténtico progreso no se mide por la velocidad de la técnica, sino por la profundidad de la conciencia humana.

Responsabilidad y libertad

El humanismo solo puede entenderse plenamente si se contempla al hombre en toda su realidad. Un humanismo integral no puede reducir a la persona a una parte de sí misma, sino que debe abarcar la totalidad de su existencia. Sin embargo, esa totalidad no se encuentra en el presente, sino en aquello que el hombre está llamado a ser. La verdadera realidad del ser humano no coincide con lo que ya ha alcanzado, sino con el inmenso horizonte que todavía le queda por recorrer. En cualquier etapa de la vida, siempre será mayor aquello que puede llegar a ser que aquello que ya es. Por eso puede afirmarse, siguiendo a Pascal, que el hombre supera infinitamente al hombre.

Esta dimensión de apertura permanente constituye el fundamento de la religión entendida en su sentido más profundo. La religión no consiste principalmente en prácticas, ritos o instituciones, sino en la integración del hombre en la totalidad de la realidad. Es el reconocimiento de que la existencia presente es solo una parte de un proceso mucho más amplio y de que la plenitud humana siempre se encuentra más allá de la situación actual. La religión expresa el impulso del hombre hacia esa realidad definitiva que todavía no posee.

El estudio histórico de las religiones muestra que todas ellas nacen de esta misma experiencia fundamental. Siguiendo las investigaciones de Mircea Eliade, puede entenderse la religión como la respuesta universal del ser humano a su propia limitación. Todas las culturas han desarrollado símbolos, ritos e imágenes mediante los cuales intentan expresar esa apertura hacia una realidad superior. Las diferencias entre unas religiones y otras afectan principalmente a sus formas históricas, pero todas manifiestan una misma aspiración humana: trascender la propia condición.

Los símbolos desempeñan un papel esencial porque permiten expresar realidades que no pueden describirse directamente. Entre ellos destaca el agua, presente en prácticamente todas las tradiciones religiosas. El agua simboliza el origen, el estado primordial y la posibilidad permanente de renovación. Sumergirse en ella representa abandonar la condición anterior para renacer con una existencia nueva. Este simbolismo explica la presencia del agua en numerosos ritos de iniciación y, posteriormente, en el bautismo cristiano, que recoge un símbolo mucho más antiguo y le otorga un nuevo significado.

Desde esta perspectiva, las religiones no inventan arbitrariamente sus símbolos, sino que asumen experiencias universales de la humanidad. El cristianismo, lejos de romper con toda la

tradición anterior, integra y culmina muchos de esos símbolos, otorgándoles un sentido más profundo. No destruye la búsqueda religiosa del hombre, sino que la orienta hacia su plenitud.

La religión auténtica no consiste, por tanto, en una determinada forma externa, sino en la orientación interior del hombre hacia aquello que todavía no es y está llamado a alcanzar. Toda práctica religiosa solo tiene sentido si expresa esa actitud fundamental. Cuando las formas sustituyen a la realidad interior, dejan de cumplir su función y se convierten en un fin en sí mismas.

Por esta razón resulta necesario distinguir entre religión y magia. La magia intenta poner lo divino al servicio del hombre. Pretende dominar las fuerzas superiores mediante ritos, objetos o fórmulas. La religión, en cambio, supone exactamente lo contrario: es el hombre quien se pone en camino hacia una realidad que siempre le supera. La diferencia esencial consiste en que la magia busca controlar el misterio, mientras que la religión acepta dejarse transformar por él.

Las primeras manifestaciones religiosas probablemente surgieron del miedo y de la conciencia de la propia fragilidad. El hombre primitivo experimentó su impotencia ante la naturaleza, la muerte o los fenómenos que no podía controlar. Esa experiencia despertó la intuición de una realidad superior. Sin embargo, el miedo no crea a Dios; simplemente constituye una de las primeras experiencias humanas que impulsan al hombre a buscar un sentido más profundo de la existencia.

Con frecuencia, el progreso material conduce a una falsa autosuficiencia. Cuando el hombre cree que el bienestar, la técnica o el poder bastan para colmar todas sus necesidades, pierde conciencia de su propia apertura hacia algo mayor. La riqueza y el éxito pueden producir la ilusión de que ya no queda nada por alcanzar. En cambio, quien reconoce que ninguna realidad finita puede satisfacer plenamente su vocación permanece abierto al crecimiento y conserva viva la dimensión religiosa.

Por ello, la pobreza de la que hablan las grandes tradiciones religiosas no se refiere únicamente a la falta de bienes materiales, sino a la conciencia de que el hombre nunca se basta completamente a sí mismo. El verdadero pobre es quien reconoce que siempre le queda un camino por recorrer y una plenitud por alcanzar.

También el lenguaje religioso exige una profunda depuración. Ninguna palabra puede definir plenamente aquello que trasciende toda experiencia humana. Los nombres, imágenes y conceptos solo sirven como aproximaciones. Cuando el hombre convierte esos símbolos en definiciones absolutas, termina sustituyendo la realidad por sus propias representaciones. Lo

mismo ocurre con las imágenes de Dios: cualquier intento de encerrarlo en una figura concreta acaba reduciendo lo infinito a una realidad limitada.

En este sentido, la idolatría no consiste únicamente en adorar imágenes materiales, sino en absolutizar cualquier representación humana de lo divino. Del mismo modo, la superstición no debe entenderse únicamente como la creencia en hechos extraordinarios o en la mala suerte, sino como la sustitución de la auténtica experiencia religiosa por formas externas consideradas suficientes por sí mismas.

Toda forma religiosa posee un valor histórico y pedagógico, pero ninguna puede identificarse con la totalidad de la religión. Las prácticas, los sacramentos, los templos o las instituciones solo tienen sentido en la medida en que ayudan al hombre a recorrer su camino hacia la plenitud. Cuando se convierten en un fin, pierden su auténtico significado.

Por ello, el verdadero creyente no es quien acumula prácticas religiosas, sino quien vive orientado hacia la verdad que esas prácticas pretenden expresar. Del mismo modo, una persona puede carecer de determinados ritos y, sin embargo, vivir profundamente abierta a esa realidad trascendente. La autenticidad religiosa depende de la orientación del ser entero y no únicamente de las manifestaciones externas.

Desde esta perspectiva, toda búsqueda sincera de la verdad participa de la dimensión religiosa. Lo decisivo no es la pertenencia formal a una determinada tradición, sino la autenticidad con la que cada persona responde a la llamada de su propia vocación humana. Las religiones representan distintos caminos históricos mediante los cuales el hombre intenta responder a esa llamada.

El cristianismo, entendido en este sentido, no elimina esa búsqueda universal, sino que la interpreta como una llamada dirigida a todos los hombres. La comunidad de creyentes no se define simplemente por pertenecer a una institución concreta, sino por compartir la convicción de que el hombre está llamado a una plenitud que supera infinitamente su situación presente y por recorrer juntos ese camino mediante el amor y la entrega mutua.

La libertad ocupa aquí un lugar decisivo. Toda existencia humana consiste en elegir. Vivir implica renunciar continuamente a posibilidades para realizar otras. Cada decisión configura la propia identidad y orienta el desarrollo personal. Nadie puede recorrer simultáneamente todos los caminos posibles; precisamente porque el hombre es libre debe comprometerse con unos y renunciar a otros.

La responsabilidad nace de esa libertad. Cada elección contribuye a construir la persona que uno llegará a ser. La vida no consiste en conservar intactas todas las posibilidades, sino en hacer fructificar aquello que se ha recibido. Como una semilla, la existencia solo produce fruto cuando acepta transformarse. Quien pretende conservarla sin cambiar termina perdiendo precisamente aquello que quería preservar.

En consecuencia, el auténtico humanismo conduce necesariamente a una visión profundamente esperanzada del hombre. La persona nunca queda definida por lo que ya ha alcanzado, sino por aquello que todavía puede llegar a ser. Su grandeza consiste precisamente en esa apertura permanente hacia una plenitud que nunca queda completamente agotada y que constituye el fundamento último de su libertad, su responsabilidad y su dimensión religiosa.

La cultura y el hombre en crisis

La cultura solo puede comprenderse si se entiende como la manifestación visible de un ser más profundo. Todo lo que una sociedad produce —su ciencia, su filosofía, su economía, su política, su arte o su religión— constituye la expresión externa de una realidad interior. Por ello, conocer verdaderamente una cultura exige recorrer el camino inverso: partir de sus manifestaciones para descubrir el ser que las ha originado. El error aparece cuando una disciplina aislada pretende explicar por sí sola al hombre o a toda una civilización. La especialización resulta necesaria, pero cuando pierde la visión de conjunto termina ofreciendo una imagen fragmentaria de la realidad.

Este mismo proceso puede aplicarse al ser humano. La persona no se comprende observando únicamente un aspecto de su vida, sino contemplando el conjunto de su trayectoria. El hombre es como una semilla que solo revela plenamente su naturaleza cuando ha desarrollado todas sus posibilidades. La existencia constituye precisamente ese proceso de despliegue. Solo al contemplar lo que una persona ha llegado a ser puede comprenderse realmente quién era desde el principio.

El universo entero puede entenderse también como un proceso de expansión. Todo cuanto existe parece proceder de una realidad inicial extremadamente condensada que, a lo largo del tiempo, ha ido desplegando sus potencialidades. La evolución cósmica no representa una sucesión caótica de acontecimientos, sino una continua manifestación de las posibilidades contenidas desde el origen. Del mismo modo, cada persona lleva en sí una riqueza que únicamente el tiempo y la experiencia pueden desarrollar.

Dentro de esta evolución resulta fundamental distinguir entre individuo y persona. El individuo representa el punto de partida: la realidad inicial, todavía cerrada sobre sí misma, semejante a una semilla que contiene todas sus posibilidades, pero aún no las ha realizado. La persona, por el contrario, constituye el punto de llegada. Es el ser que ha recorrido el camino de su desarrollo, se ha abierto al mundo, ha integrado múltiples experiencias y ha alcanzado una mayor plenitud.

La diferencia entre ambos conceptos no es simplemente terminológica. El individuo permanece centrado en sí mismo, mientras que la persona solo se realiza saliendo de sí. El individuo tiende a afirmarse y protegerse; la persona se construye mediante la apertura, la entrega y la relación con los demás. Cuanto más se encierra alguien en sí mismo, más empobrece su humanidad. Cuanto más se abre al mundo, más desarrolla su personalidad.

Como afirma Jacques Maritain, la vocación del hombre no consiste en permanecer como individuo, sino en llegar a ser persona. La existencia humana es una llamada permanente a salir de uno mismo. Nadie alcanza su plenitud refugiándose en sus propias seguridades. Toda auténtica maduración exige explorar, aprender, amar, asumir responsabilidades y enriquecerse mediante el contacto con los demás y con la realidad.

Esta apertura no implica perder la propia identidad. Al contrario, solo quien sale verdaderamente de sí puede regresar enriquecido y descubrir quién es realmente. La persona no abandona su ser; lo realiza. El camino hacia uno mismo pasa necesariamente por el encuentro con el mundo y con los otros.

Por ello, el egoísmo constituye una de las mayores amenazas para el desarrollo humano. El hombre que se considera plenamente satisfecho consigo mismo deja de crecer. Quien cree que ya no tiene nada que aprender permanece encerrado en su propia limitación. En cambio, la actitud verdaderamente humana consiste en reconocer que siempre queda algo por descubrir, comprender o desarrollar.

Este proceso afecta también al conjunto del universo. La evolución puede entenderse como una creciente toma de conciencia. Desde la materia hasta la vida y desde la vida hasta el hombre, toda la realidad parece orientarse hacia formas cada vez más complejas de conciencia. La aparición de la persona representa, hasta donde alcanza nuestra experiencia, el punto más elevado de ese proceso evolutivo.

La finalidad de la evolución no consiste únicamente en aumentar la complejidad material, sino en hacer posible una conciencia cada vez más profunda. La persona constituye la síntesis de ese proceso. En ella convergen la materia, la vida, la inteligencia, la libertad y la capacidad de amar. Por eso el desarrollo de la persona no afecta solo al individuo aislado, sino que representa un avance para toda la realidad.

La personalización solo puede producirse mediante la entrega. Nadie se convierte en persona acumulando experiencias para sí mismo, sino compartiéndolas y poniéndolas al servicio de los demás. El amor, entendido como apertura y donación, impulsa el crecimiento personal; el egoísmo, por el contrario, conduce al aislamiento y al empobrecimiento.

En consecuencia, la evolución humana no debe interpretarse como un proceso exclusivamente biológico ni psicológico. Se trata de un desarrollo integral que implica la totalidad del ser. La persona va construyéndose mediante cada decisión, cada relación y cada experiencia vivida.

Todo aquello que favorece la apertura contribuye al crecimiento; todo aquello que conduce al encierro supone una regresión.

Desde esta perspectiva, el hombre puede definirse como una tarea. No nace plenamente realizado, sino llamado a realizarse. Cada existencia constituye un proyecto abierto cuyo resultado depende de las decisiones adoptadas a lo largo de la vida. La persona no es un punto de partida, sino una conquista progresiva.

Mientras el hombre permanece en ese proceso puede decirse que existe. Existir significa precisamente caminar hacia la propia plenitud. Cuando esa plenitud se alcanza, deja de hablarse de existencia en sentido dinámico para hablar simplemente del ser plenamente realizado. La existencia pertenece al tiempo; la plenitud corresponde al logro definitivo del propio ser.

Por ello, la persona auténtica no es únicamente alguien que posee determinadas cualidades, sino quien ha llegado a apropiarse plenamente de sí mismo. Su identidad ya no depende de circunstancias externas, sino que descansa sobre un ser plenamente integrado. La persona es, en este sentido, un ser que se posee a sí mismo.

Las cosas y los seres vivos pueden decirse existentes en un sentido limitado porque participan del cambio y del tiempo. Sin embargo, el ser humano añade una dimensión nueva: puede orientar libremente ese proceso, comprenderlo y colaborar conscientemente en su propio desarrollo. La libertad convierte la evolución humana en una tarea responsable.

Esta comprensión permite interpretar también el sentido profundo de la cultura. Una cultura entra en crisis cuando pierde la capacidad de orientar al hombre hacia su desarrollo integral y se fragmenta en especializaciones incapaces de dialogar entre sí. La técnica, la economía o la política dejan entonces de servir a la persona para convertirse en fines autónomos.

La superación de esa crisis exige recuperar una visión unitaria del ser humano. Ningún conocimiento aislado basta para explicar al hombre. Solo una síntesis capaz de integrar todas las dimensiones de la existencia permite comprender la verdadera naturaleza de la persona y orientar adecuadamente el progreso.

El auténtico humanismo consiste, por tanto, en reconocer que toda la evolución del universo, toda la cultura y toda la historia encuentran su sentido en el crecimiento de la persona. La humanidad avanza en la medida en que cada individuo supera el aislamiento, se abre a los demás, desarrolla su conciencia y realiza progresivamente aquello que está llamado a ser. La plenitud humana no consiste en afirmarse sobre los demás, sino en llegar a poseerse

plenamente mediante la apertura, la entrega y la integración de toda la riqueza adquirida a lo largo de la existencia.

El futuro que estamos haciendo

El ser humano se distingue del resto de los seres porque no solo posee unas capacidades determinadas por su naturaleza, sino que además es capaz de proyectar su pensamiento fuera de sí mediante el lenguaje, los gestos y, especialmente, mediante la creación de instrumentos. Esta capacidad de exteriorizar la inteligencia hace posible que el hombre amplíe continuamente sus posibilidades de acción y transforme la realidad que le rodea.

La comunicación constituye una de las primeras formas de esa proyección. Cuando una persona expresa su pensamiento no solo enriquece a quienes la escuchan, sino que también se enriquece a sí misma. Toda comunicación auténtica regresa sobre quien la realiza y forma parte de su propio crecimiento. La persona se construye precisamente mediante ese intercambio continuo con los demás, confirmando que solo se desarrolla plenamente cuando sale de sí misma.

El instrumento representa la prolongación material de esta capacidad humana. Desde los primeros utensilios hasta las tecnologías más avanzadas, todos los instrumentos son una extensión del hombre. Un simple palo prolonga el brazo; una máquina prolonga la inteligencia; un ordenador amplía la memoria; cualquier tecnología constituye una forma de extender las capacidades humanas más allá de sus límites naturales.

Sin embargo, todo instrumento posee un carácter ambiguo. En sí mismo no es ni bueno ni malo. Puede utilizarse para construir o para destruir. La diferencia nunca reside en la herramienta, sino en la persona que la utiliza y en la intención con la que lo hace. La técnica carece de moral propia; recibe su orientación del ser humano.

Esta idea aparece ya simbolizada en los grandes relatos sobre los orígenes de la humanidad. Más allá de su valor histórico, expresan que el progreso técnico siempre plantea un desafío moral. Cada nuevo instrumento amplía simultáneamente la capacidad de crear y la capacidad de destruir. El problema nunca es el avance técnico, sino el grado de madurez alcanzado por quien dispone de ese poder.

La historia demuestra que la técnica ha multiplicado extraordinariamente las posibilidades humanas. La energía, los medios de comunicación, el transporte, la medicina o la informática han ampliado de forma inimaginable el alcance de la acción humana. Sin embargo, ese crecimiento

del poder no garantiza automáticamente un crecimiento equivalente del hombre. Cuanto mayor es el instrumento, mayor debe ser también la responsabilidad de quien lo maneja.

La persona auténtica nunca utiliza los instrumentos para destruir. Si alguna vez lo hace, actúa desde la parte de sí misma que todavía permanece inmadura. Allí donde el hombre ya ha alcanzado verdadera madurez solo puede construir. Toda destrucción revela precisamente aquello que todavía no ha sido plenamente humanizado.

La clave no reside únicamente en los resultados obtenidos, sino en la intención que guía la acción. Una decisión tomada desde una auténtica voluntad de construir conserva su valor incluso cuando produce errores o fracasa. Por el contrario, una acción realizada desde la malicia, el egoísmo o el deseo de destruir continúa siendo negativa aunque alcance el éxito. El valor moral de la acción depende ante todo de la orientación interior de quien actúa.

Por ello, el ser humano no debe juzgarse exclusivamente por su eficacia, su productividad o sus logros externos. La sociedad contemporánea tiende a valorar a las personas según lo que producen, poseen o consiguen. Sin embargo, el auténtico humanismo sostiene que el hombre vale por lo que es y no por lo que tiene o hace. Las realizaciones solo adquieren sentido cuando expresan el desarrollo de la persona.

Los instrumentos pueden producir tres efectos fundamentales sobre el hombre. En primer lugar, pueden fijarlo, instalándolo en una situación cómoda que paraliza su crecimiento. El sedentarismo físico, intelectual o espiritual constituye siempre una forma de estancamiento. La persona deja de desarrollarse cuando considera suficiente la situación alcanzada.

En segundo lugar, los instrumentos pueden provocar desintegración. Cuando el hombre se identifica únicamente con sus posesiones, con su poder o con sus éxitos, pierde progresivamente su unidad interior. También ocurre cuando vive anclado en la nostalgia del pasado y rechaza los cambios propios de la historia. Quien permanece inmóvil mientras el mundo avanza acaba alejándose inevitablemente del propio desarrollo humano.

La tercera posibilidad es la promoción auténtica de la persona. Un instrumento es verdaderamente positivo cuando impulsa al hombre a desarrollarse, ampliar su conciencia y ponerse al servicio de los demás. La técnica solo cumple plenamente su función cuando favorece el crecimiento humano y no cuando incrementa simplemente el poder o la capacidad de consumo.

El verdadero progreso consiste en transformar todo lo que el hombre posee en un medio para llegar a ser más plenamente persona. Las posesiones carecen de valor por sí mismas; adquieren sentido únicamente cuando contribuyen al crecimiento del ser. El hombre no es lo que tiene, sino aquello en lo que consigue convertirse gracias al uso responsable de lo que posee.

En este contexto adquiere especial importancia el concepto de crisis. La crisis no representa únicamente una dificultad, sino también una oportunidad. Constituye un momento en el que el hombre se enfrenta a un desafío que le obliga a descubrir capacidades que desconocía poseer. Toda crisis plantea simultáneamente un problema y la posibilidad de superarlo.

Las culturas evolucionan precisamente gracias a esa dinámica de desafío y respuesta. Cuando una sociedad deja de enfrentarse a nuevos retos entra en decadencia. Del mismo modo, una persona que evita sistemáticamente las dificultades termina estancándose. Solo el enfrentamiento con situaciones nuevas obliga a desarrollar recursos que permanecían latentes.

Las crisis excesivamente débiles no estimulan el crecimiento, mientras que las absolutamente insuperables pueden destruir a una sociedad. El verdadero desarrollo aparece cuando el desafío exige un esfuerzo suficiente para despertar nuevas posibilidades sin llegar a anular completamente la capacidad de respuesta.

La humanidad atraviesa actualmente una situación de este tipo. La aceleración tecnológica, la transformación de las estructuras sociales, el cambio de los modelos económicos y la aparición de nuevos conocimientos obligan continuamente a replantear la forma de vivir. Este escenario no debe contemplarse únicamente con temor, sino también como una oportunidad extraordinaria para desarrollar nuevas formas de conciencia.

Entre todos los instrumentos creados por el hombre, la informática y la cibernética representan probablemente el mayor desafío contemporáneo. Por primera vez la humanidad ha construido sistemas capaces de almacenar, organizar y procesar cantidades inmensas de información muy superiores a las que puede manejar individualmente cualquier persona.

Esta situación plantea una pregunta decisiva: ¿es la máquina un instrumento al servicio del hombre o terminará el hombre convirtiéndose en instrumento de la máquina? La respuesta depende nuevamente del desarrollo de la persona. Si el ser humano identifica su valor únicamente con el conocimiento acumulado, acabará siendo inferior a los sistemas que procesan más información que él.

Aquí aparece la crítica al racionalismo. Identificar el valor del hombre exclusivamente con su inteligencia o con la cantidad de conocimientos que posee constituye un grave error. El saber representa una posesión importante, pero no constituye la esencia de la persona. Puede existir una gran inteligencia unida a una profunda pobreza humana, del mismo modo que personas con escasa formación poseen una extraordinaria riqueza interior.

El conocimiento debe permanecer siempre subordinado al desarrollo del ser. La máquina puede almacenar más datos, calcular con mayor rapidez o cometer menos errores que el hombre, pero nunca sustituye aquello que constituye propiamente a la persona: la libertad, la conciencia, la capacidad de amar, la responsabilidad y la orientación ética de sus decisiones.

Por ello, el futuro no depende tanto del crecimiento tecnológico como del crecimiento humano. Cuanto más poder adquiera la técnica, mayor deberá ser también la madurez moral de quienes la utilizan. Si el desarrollo del ser no acompaña al desarrollo de los instrumentos, el hombre terminará sometido por sus propias creaciones.

La verdadera tarea del humanismo consiste precisamente en evitar esa inversión de valores. La técnica debe servir al hombre y no sustituirlo. El conocimiento debe convertirse en un medio para desarrollar la persona y no en un fin independiente. El progreso auténtico no consiste en construir máquinas cada vez más poderosas, sino en formar hombres capaces de utilizarlas con sabiduría.

En consecuencia, toda época de transformación debe contemplarse como un momento privilegiado para crecer. El desafío nunca constituye únicamente una amenaza, sino también una llamada a descubrir capacidades nuevas. Quienes aceptan ese reto participan activamente en la construcción del futuro; quienes se refugian en la nostalgia o en la comodidad terminan quedando al margen de la evolución histórica.

El auténtico humanismo afirma, por tanto, que ningún avance técnico tiene valor por sí mismo. Toda innovación solo adquiere sentido cuando contribuye al desarrollo integral de la persona. El hombre seguirá siendo siempre superior a cualquier instrumento mientras conserve la capacidad de orientar libremente su conocimiento, su técnica y su poder hacia la construcción de una humanidad más consciente, más libre y más plenamente realizada.

El humanismo integral

La libertad constituye una de las manifestaciones más profundas de la persona. No es una facultad aislada ni una capacidad para hacer cualquier cosa, sino el movimiento mediante el cual el hombre sale de sí mismo para llegar a ser plenamente quien está llamado a ser. Toda libertad auténtica representa el paso del individuo a la persona, el tránsito desde una existencia centrada en sí misma hacia una existencia abierta a los demás y a la realidad.

La historia humana puede entenderse precisamente como ese camino. Todo ser humano posee un origen y una meta. No nace acabado, sino como un proyecto en permanente realización. La existencia consiste en recorrer ese camino, desarrollando progresivamente todas las posibilidades contenidas en uno mismo. El hombre no es una realidad estática, sino un proceso continuo de crecimiento.

Desde esta perspectiva, la persona no puede definirse como un ser terminado. Es un devenir, una tensión constante entre lo que ya es y aquello que todavía puede llegar a ser. Mientras exista, el hombre permanece abierto al desarrollo. Su esencia no consiste en conservar lo alcanzado, sino en avanzar continuamente hacia mayores niveles de realización.

Para comprender este proceso resulta útil distinguir entre materia y realidad. Habitualmente se identifica lo real con lo material, suponiendo que cuanto más material es una cosa, más realidad posee. Sin embargo, puede entenderse justamente lo contrario: la materia representa el grado más elemental del ser y la realidad aumenta a medida que la existencia adquiere mayor riqueza interior.

Puede observarse esta progresión comparando distintos niveles de la naturaleza. Una roca posee gran estabilidad material, pero muy escasa vida. Un vegetal tiene menos consistencia material, pero incorpora ya una forma superior de organización vital. Un animal añade movimiento, sensibilidad y capacidad de relación. El hombre incorpora además conciencia, libertad y reflexión. A medida que aumenta la vida, disminuye la dependencia de la pura materialidad y crece la profundidad del ser.

La evolución muestra así un proceso de creciente realización. La materia no constituye el punto de llegada, sino el punto de partida. Todo parece orientarse hacia formas cada vez más ricas de existencia. Incluso la propia materia puede entenderse como una realidad dinámica que contiene

posibilidades destinadas a desarrollarse progresivamente. No permanece inmóvil, sino que participa también en un proceso de transformación continua.

Este desarrollo no supone negar la materia, sino reconocer que su sentido consiste precisamente en desplegar todas las potencialidades que contiene. La realidad alcanza mayor plenitud cuanto más logra liberar esas posibilidades. Del mismo modo, la persona no alcanza su realización permaneciendo encerrada en sí misma, sino desplegando todo aquello que lleva en su interior.

Este proceso exige un profundo conocimiento de uno mismo. El hombre suele recorrer el mundo exterior con facilidad, pero rara vez emprende el viaje hacia su propia interioridad. Sin embargo, solo quien se adentra en sí mismo descubre que todavía no coincide plenamente con aquello que está llamado a ser. La primera experiencia del crecimiento consiste precisamente en comprender que uno aún no es plenamente uno mismo.

Mientras alguien cree que ya ha alcanzado su identidad definitiva, deja de crecer. Solo quien reconoce la distancia entre lo que es y lo que puede llegar a ser inicia verdaderamente el camino de la realización personal. La conciencia de esa insuficiencia no constituye un fracaso, sino el punto de partida de toda evolución humana.

El desarrollo personal no se logra mediante el aislamiento, sino mediante la apertura. El hombre no llega a ser él mismo encerrándose sobre su propio yo, sino saliendo continuamente hacia los demás. La persona se construye en la relación, en el encuentro y en la entrega. Todo repliegue sobre uno mismo empobrece; toda apertura enriquece.

Por ello, aquello que verdaderamente pertenece a una persona es únicamente aquello que puede dar. Lo que permanece retenido no llega a formar plenamente parte de su ser. En cambio, aquello que uno entrega libremente se integra definitivamente en la propia identidad. El hombre se posee a sí mismo precisamente en la medida en que es capaz de darse.

La libertad aparece entonces como la capacidad de realizar esa entrega. No consiste simplemente en actuar sin obstáculos exteriores, sino en poder salir de uno mismo para compartir el propio ser con los demás. Toda libertad auténtica implica siempre una expansión de la persona y nunca un simple ejercicio arbitrario de la voluntad.

La verdadera libertad exige además superar las múltiples esclavitudes interiores. Las limitaciones más profundas no suelen proceder del exterior, sino de las propias pasiones, del egoísmo, del resentimiento, de la envidia, del miedo o del deseo de dominio. Estas cadenas resultan mucho

más determinantes que cualquier limitación material, precisamente porque permanecen ocultas dentro del individuo.

Por ello, una persona puede encontrarse libre de presiones externas y, sin embargo, vivir profundamente esclavizada por sus propias limitaciones interiores. Del mismo modo, alguien sometido a circunstancias difíciles puede conservar una enorme libertad interior si mantiene la capacidad de orientar conscientemente su vida hacia el bien.

La libertad auténtica no consiste en hacer aquello que a uno le apetece en cada momento. Consiste en poder realizar aquello que verdaderamente conduce al propio desarrollo y al de los demás. Solo quien conoce profundamente su propia vocación puede elegir con auténtica libertad. La ignorancia acerca de uno mismo limita necesariamente la capacidad de decidir.

Toda decisión verdaderamente libre exige conocimiento. Cuanto mejor conoce una persona quién es, cuál es su camino y cuáles son las consecuencias de sus actos, mayor libertad posee para elegir. La libertad no aumenta por multiplicar indefinidamente las opciones, sino por comprender con claridad cuál de ellas responde realmente al propio desarrollo.

Desde esta perspectiva, la libertad no se opone a la verdad. Al contrario, solo quien conoce la verdad puede actuar plenamente libre. Cuando una persona dispone de todos los elementos necesarios para comprender una situación, la elección deja de ser arbitraria y se convierte en una decisión plenamente consciente.

El hombre necesita además comprender que su existencia está inseparablemente unida a toda la realidad. Ningún ser humano constituye una isla aislada del resto del universo. Existe una profunda solidaridad entre las personas y también entre el hombre y la naturaleza. La relación con el mundo forma parte de la propia identidad humana.

Por ello, el respeto hacia la naturaleza, hacia los demás y hacia toda forma de vida no nace únicamente de una obligación moral externa, sino del reconocimiento de una profunda comunidad de destino. Dañar aquello con lo que uno está esencialmente vinculado significa empobrecerse a sí mismo.

Las diferencias entre las personas tampoco representan un obstáculo para la convivencia, sino una condición indispensable para el crecimiento. Todo aquello que el otro posee y uno todavía no ha desarrollado constituye precisamente una oportunidad de enriquecimiento mutuo. La diversidad no amenaza a la persona; la completa.

Cada individuo encuentra en los demás aquello que todavía le falta para seguir desarrollándose. Del mismo modo, cada persona aporta a los otros aspectos de la realidad que ellos aún no poseen plenamente. La convivencia humana constituye así un intercambio continuo mediante el cual todos crecen conjuntamente.

La verdadera libertad hace posible precisamente ese intercambio. Solo una persona libre puede entregarse plenamente a los demás sin dejar de ser ella misma. Cuanto mayor es la libertad interior, mayor capacidad existe para amar, compartir y construir comunidad.

Este planteamiento exige evitar dos extremos igualmente empobrecedores. Por un lado, el compromiso absoluto con cualquier realidad limitada —una ideología, una estructura política, una situación histórica o cualquier forma pasajera de organización humana— termina anulando la libertad, porque convierte algo provisional en definitivo. Ninguna realidad histórica puede identificarse plenamente con el destino último del hombre.

Por otro lado, tampoco resulta válida una actitud que pretenda desentenderse completamente del mundo concreto para refugiarse en una espiritualidad abstracta. El hombre no puede vivir como si no perteneciera a la realidad material ni a la historia. La auténtica libertad no consiste en escapar del mundo, sino en vivir plenamente dentro de él sin quedar esclavizado por ninguna de sus limitaciones.

La existencia humana transcurre siempre entre ambos extremos: la realidad concreta desde la que se parte y la plenitud hacia la que se camina. Toda la vida consiste en mantener ese equilibrio dinámico, creciendo continuamente sin absolutizar ninguna situación alcanzada.

En consecuencia, el auténtico humanismo entiende la libertad como una tarea permanente. No es un estado adquirido de una vez para siempre, sino un proceso continuo de liberación interior mediante el cual el hombre se conoce, se supera, se entrega a los demás y participa activamente en la construcción de una realidad cada vez más plenamente humana. Solo así la persona deja de vivir encerrada en el individuo para convertirse progresivamente en aquello que está llamada a ser.